

NANCY FRASER

# Reflexiones en torno a Polanyi y la actual crisis capitalista

Traducción de Olga Abasolo

*Este artículo parte de los conceptos empleados por Polanyi para interpretar el capitalismo, pero amplía su marco de análisis desde una crítica que comprende tanto el ámbito "social" como el "económico". Si en La gran transformación Polanyi plantea un conflicto entre los proyectos políticos de la mercantilización y la protección social, aquí se esboza un tercer proyecto político que atraviesa el principal conflicto entre los otros dos: el proyecto de la "emancipación" como apuesta por superar determinadas formas de sometimiento enraizadas en lo "social".*

**E**stamos atravesando una de las crisis periódicas del capitalismo, una crisis multidimensional, cuyo lado más obvio es el *financiero*. El estallido de la burbuja especulativa característica de las décadas anteriores desencadena un desastre que amenaza a los bancos, que supuestamente son «demasiado grandes para caer», y a la solvencia de los Estados endeudados, y por tanto al orden financiero global y al proyecto europeo. Pero la crisis de Wall Street afecta también a la Main Street,<sup>1</sup> que sufre una crisis *económica* de mayor calado. Los Gobiernos y las empresas se ven obligados a deshacerse de puestos de trabajo; ni los Estados ni la población trabajadora pueden gastar, hecho que repercute en una mayor reducción de la producción. Ante esta situación, con toda seguridad, están bajo amenaza tanto el sustento de los individuos como la existencia de servicios públicos, así como la vida de las familias y la salud mental, los barrios y vecindarios, la solidaridad y la infraestructura social, y por tanto, toda forma de vínculo social. Es decir, una crisis económica es también una crisis *social*. Y, además, es una crisis *ecológica*. Nos aproximamos al momento en el cual los efectos destructivos de una

Nancy Fraser es profesora de ciencias políticas y sociales en la New School University de Nueva York

<sup>1</sup> La calle principal o comercial de una localidad.

explotación de la naturaleza guiada durante siglos por la obtención de beneficio, ya son irreversibles. La vida en la Tierra, tal y como la conocemos, está amenazada. Por último, la crisis actual tiene también una dimensión *política*. Nuestra planificación política parece estar diseñada para reprimir posibles soluciones imaginativas e inutilizar la voluntad y la capacidad de ponerlas en práctica.

Estas circunstancias nos plantean dos conclusiones axiomáticas. La primera, es que para que una teoría crítica se adapte a la realidad de nuestro tiempo habrá de incorporar todas esas dimensiones de la crisis. Si evitamos limitarnos a los enfoques que se centran exclusivamente en los aspectos financieros o económicos, tal teoría deberá clarificar los otros –social, ecológico y político– y sus interrelaciones, entre sí y con la economía. La segunda, toda teoría crítica que aborde la actual crisis deberá moverse simultáneamente en dos registros distintos. Deberá resistirse a la tentación funcionalista de centrarse exclusivamente en la «lógica del sistema» propia del capitalismo, para englobar la «lógica de la acción social», para dilucidar los proyectos de los distintos actores, y la gramática de las luchas, en la medida en que las personas reaccionan ante los callejones sin salida a los que se enfrentan y a las dinámicas entre sí. Por tanto, toda teoría crítica que pretenda adecuarse al presente deberá enfrentarse a dos objetivos deseables: superar el economicismo, por lo que deberá ser multidimensional; y superar el funcionalismo, deberá ser capaz de vincular estructura y agencia.

El pensamiento de Karl Polanyi nos proporciona un punto de partida prometedor. En su obra ya clásica de 1944, *La gran transformación*,<sup>2</sup> elaboró una explicación de las crisis capitalistas como procesos históricos multifacéticos que se iniciaron con el surgimiento del liberalismo económico en el siglo XIX en Gran Bretaña, que a lo largo de más de un siglo acabaron por extenderse al mundo entero, y que conllevaron el sometimiento imperial, la emergencia de crisis periódicas y guerras cataclísmicas. Es más, para Polanyi la crisis capitalista tuvo menos que ver con un colapso económico en un sentido restringido, que con la desintegración de comunidades, la ruptura de solidaridades y el saqueo de la naturaleza.

Sus raíces se hallan menos vinculadas a las contradicciones intraeconómicas, tales como la tendencia de la tasa de ganancia, que al cambio crucial que atraviesa la relación entre la economía y la sociedad. Los partidarios del «mercado autorregulado» al poner fin a una relación, hasta ahora universal, basada en que los mercados estaban arraigados en las instituciones sociales y sujetos a normas morales y éticas, pretendieron construir un mundo en el que la sociedad, la moral y la ética quedaran subordinadas, y fueran modeladas por, los mercados. Al concebir el trabajo, la tierra y el dinero como «factores de producción», han transformado esas bases fundamentales de la vida social en «mercancías ficticias», some-

---

<sup>2</sup> K. Polanyi, *La gran transformación* [1944], Ediciones La Piqueta, 1989.

tidas al intercambio en el mercado. Sus efectos fueron tan devastadores para el sustento de las personas, el hábitat y las comunidades que con frecuencia ha prendido la mecha de los movimientos de oposición a ellos y favorables a «la protección de la sociedad». Según el enfoque de Polanyi, este doble movimiento –primero, hacia la expansión y autonomía de los mercados, y después, hacia demandas de protección social– fue el que condujo en último término al fascismo y a la guerra mundial.

La interpretación de la crisis capitalista que nos ofrece *La gran transformación* es manifiestamente multidimensional, engloba formas de acción en múltiples escalas de un modo potente e integrador, y entretiene reflexiones sobre la crisis financiera, el colapso económico y la degradación del trabajo, con otras sobre el expolio de la naturaleza, la desintegración social y complejos conflictos políticos irresueltos, y que, desde luego, han exacerbado los efectos de la crisis. Por lo tanto, la concepción de Polanyi de la crisis capitalista se extiende más allá del ámbito económico para integrar otras dimensiones fundamentales, ecológicas, sociales y políticas.

Además, su reflexión supera el enfoque funcionalista. Insatisfecho con las explicaciones derivadas de un enfoque que se centraba exclusivamente en las tendencias inherentes al mercado libre, Polanyi pone en un primer plano las relaciones entre los agentes sociales y sus respuestas ante las situaciones que atraviesan. Mediante la figura del «doble movimiento», otorga a los agentes del libre mercado y del proteccionismo social un papel central para el desarrollo de la crisis. Precisamente es el recrudecimiento de la lucha entre ambas fuerzas lo que conduce en su narrativa hacia la catástrofe y la guerra mundial. Para Polanyi, por lo tanto, sólo se puede interpretar la crisis si se integran las explicaciones del colapso con las de la resistencia, la estructura con la agencia, el sistema con el mundo vivo.

Estos puntos esbozados, por sí mismos, convertirían a Polanyi en una prometedora fuente de sugerencias para elaborar una teoría crítica capaz de interpretar las tribulaciones de nuestro tiempo. La historia que nos narra en *La gran transformación* resuena en el devenir del presente. A simple vista, hay razones para considerar que la actual crisis hunde sus raíces en las recientes iniciativas encaminadas a eliminar las trabas que los regímenes de gobernanza (tanto nacionales como internacionales) nacidos tras la segunda guerra mundial imponían al mercado. Lo que en la actualidad conocemos bajo el nombre de “neoliberalismo” no es más que un segundo momento en el desarrollo de esa misma fe en la “autorregulación del mercado” propia del siglo XIX que desencadenó la crisis capitalista cuyo desarrollo analizó Polanyi. Ahora, como entonces, son iniciativas encaminadas a poner en práctica el mismo credo que incita a mercantilizar la naturaleza, el dinero y el trabajo: los mercados globales que generan una creciente emisión de carbono, los derivados financieros, el trabajo de reproducción social, incluyendo los cuidados a las criaturas y a las personas ancianas. Ahora, como entonces, el impacto sobre la naturaleza ha sido devastador, como lo ha sido sobre el

sostén de la vida de las personas y sobre el vínculo de las comunidades. Además, hoy, como en el tiempo de Polanyi, surgen movimientos de protesta contra el saqueo de la sociedad y de la naturaleza por parte del mercado. Ahora, como entonces, las luchas por los recursos naturales, las finanzas globales y la reproducción social constituyen los detonantes de las crisis capitalistas. Así vista, cabría caracterizar la crisis actual de gran transformación rediviva.

Por todas estas razones, resulta estimulante incorporar la perspectiva de Polanyi a las actuales teorizaciones críticas. No obstante, deberíamos evitar acogerla de una manera acrítica. Su obra, a pesar de superar el economicismo y el funcionalismo, tiene algunas fallas si se analiza con detalle. Al centrarse exclusivamente en los conflictos que derivan de la mercantilización, el libro pasa por alto los conflictos que se originan en otros ámbitos que rodean *lo social*. Al ocultar las formas de injusticia que no están basadas en las reglas del mercado, encubre algunas formas de protección social que son a su vez vehículos de dominación. Al centrarse abrumadoramente en las luchas contra las depredaciones del mercado, no atiende a las luchas contra las injusticias enraizadas en la “sociedad” y codificadas en las formas de protección social.

Por lo tanto, es preciso revisar el marco de análisis de Polanyi. Nuestro objetivo debería ser elaborar nuevos conceptos *postpolanyianos* para interpretar la crisis capitalista, más allá de la superación de los enfoques economicistas y funcionalistas pero que evite también una visión romántica de la sociedad. Este es el propósito de este ensayo, que pretende elaborar una crítica que comprenda tanto el ámbito “social” como el “económico”. Propongo retomar una idea clave de *La gran transformación*: el doble movimiento. Tras un análisis detallado para despejar sus puntos oscuros, esbozaré un tercer proyecto político que atraviesa el principal conflicto que plantea el libro entre la mercantilización y la protección social. Este proyecto que denominaré, de la *emancipación*, pretende superar determinadas formas de sometimiento enraizadas en *lo social*. Las luchas por la emancipación ocupan un lugar central en ambas iteraciones de la gran transformación –la que analiza Polanyi y la actual–, puesto que constituyen una cara ausente que actúa como mediación en todos los conflictos entre la mercantilización y la protección social. Por lo tanto, hablaríamos de un movimiento en *triple sentido*: mercantilización, protección social y emancipación. El tercer aspecto constituirá el núcleo de una nueva perspectiva postpolanyiana que puede contribuir a dilucidar la lógica de la acción en la crisis capitalista del siglo XXI.

## Los conceptos clave de Polanyi: desarraigo de los mercados, protección social y doble movimiento

Empezaré por recuperar la idea de doble movimiento de Polanyi ya que se relaciona con otros dos conceptos centrales planteados en su obra: mercados desarraigados y mercancías ficticias.

El autor diferenció dos formas de relación entre el mercado y la sociedad. Por un lado, los mercados pueden estar “arraigados”, entrelazados en instituciones no económicas y sujetos a normas no económicas, como el «justo precio» y el «salario justo». Por otra parte, los mercados pueden “desarraigarse”, liberarse de todo control extra económico y pasar a estar gobernados inmanentemente por la oferta y la demanda. La primera opción, dice Polanyi, representa una norma histórica; a lo largo de la mayor parte de la historia, en civilizaciones por lo demás bastante dispares, y en localidades alejadas geográficamente, los mercados han estado sometidos a controles no económicos, que imponen límites sobre lo que puede comprarse y venderse, y por quién y en qué términos. La segunda, es históricamente anómala; el «mercado autorregulado», una invención británica del siglo XIX, constituía una idea completamente nueva cuya extensión, sostiene Polanyi, amenaza el tejido mismo de la sociedad humana.

---

Conceder un trato de mercancías comunes a las premisas necesarias para la vida social, con las que se comercia a voluntad como si fueran un cachivache más, es socavar su capacidad para la reproducción social

---

Para Polanyi, los mercados no pueden llegar a desarraigarse por completo de la sociedad, entendida esta en sentido amplio. Todo intento por hacerlo estará condenado inexorablemente al fracaso. Por una parte, el funcionamiento adecuado de los mercados depende de su oposición a aspectos de carácter no económico tales como determinadas interpretaciones culturales y las relaciones solidarias; cualquier intento por desarraigarlos destruirá esos aspectos. Por otra, la tendencia a la autorregulación del mercado destruye el tejido social y provoca la extensión de reivindicaciones en pro de la regulación social. Es decir, que el proyecto encaminado al desarraigo de los mercados lejos de fomentar la cooperación social inevitablemente disparará la crisis social. Por consiguiente, resulta más fácil comprender esta consideración como una diferencia de grado, más que como una diferencia cualitativa. Si bien los mercados no pueden desarraigarse por completo, sí pueden estar arraigados en mayor o menor medida o, como veremos, de maneras distintas.

*La gran transformación* narra el proceso mediante el cual los intereses comerciales de Gran Bretaña pretendieron ingeniar esa criatura imposible, el «mercado autorregulado». A lo largo de ese proceso hubieron de inutilizar todos los símbolos no económicos en los que se estaba arraigando el mercado. Especialmente relevante fue la eliminación de las restricciones sobre la compra y la venta de tierra, trabajo y dinero, previamente limitadas mediante los derechos consuetudinarios y los valores comunitarios, las normas morales y religiosas, las estructuras familiares, las autoridades locales y las políticas mercantilistas de los Estados nación. Las medidas para dismantelar el sistema de alivio de la pobreza y de subsidios y aranceles sobre el trigo emprendidas por el nuevo Gobierno de las décadas de 1830

y 1840 –dominado por directrices comerciales–, lograron efectivamente despojar a la tierra, el trabajo y el dinero de su cobertura protectora y los transformaron en «mercancías ficticias». Abandonadas a la ley de la oferta y la demanda, estos pilares fundamentales para la sociedad humana pasaron a comprarse y venderse sin que se atendiera a las consecuencias de tales prácticas.

Según Polanyi la mercantilización ficticia de la tierra, el trabajo y el dinero disparó la crisis. Para él, como para Marx, constituyen tres elementos fundacionales de toda forma social de aprovisionamiento material; no es posible concebir la economía salvo si se basa en la naturaleza, en el trabajo humano y en un medio de intercambio. Conceder un trato de mercancías comunes a las premisas necesarias para la vida social, con las que se comercia a voluntad como si fueran un cachivache más, es socavar su capacidad para la reproducción social. Los efectos de tal tendencia ponen en peligro la tierra, el trabajo y el dinero y, por tanto, al conjunto de la sociedad.

Este sería, en efecto, un concepto socioestructural de la crisis, que pone en primer término el carácter inherentemente contradictorio de la lógica del capitalismo. Polanyi lo vincula inmediatamente a una concepción de la acción social, centrada en las reacciones de los actores sociales. Bajo esta perspectiva, “la sociedad” no soportó con ecuanimidad los efectos del desarraigo del mercado y de la mercantilización ficticia. Más bien, desde el principio, los terratenientes del ámbito rural, los trabajadores urbanos y otros estratos sociales se movilizaron para proteger su sustento, sus comunidades y sus hábitats. A pesar de las diferencias que los separan, conservadores, socialistas, cooperativistas, sindicatos, activistas religiosos, ecologistas y personas en contra del libre mercado internacional han constituido un sector interclasista en defensa de la protección social. Pretendieron limitar la mercantilización del trabajo, con la intención de protegerlo, mediante la aplicación de una legislación que regulara los salarios y las jornadas laborales. Pretendieron proteger la vida agrícola de las comunidades rurales, mediante la aplicación de aranceles sobre los alimentos importados. Pretendieron proteger el sustento de las personas poniendo freno a la especulación financiera y limitando el mercado libre internacional. Las fuerzas de la protección social combatían a las de la mercantilización desde posiciones progresivas o reaccionarias. En su defensa de la sociedad frente a la economía, recurrieron a la política para re-arrigar a los mercados. Sus fuerzas, como lo hicieron sus antagonistas, movilizaron a la sociedad civil y pretendieron hacerse con el poder del Estado. Así, el recrudecimiento de la lucha entre ambos bandos, el de los mercantilizadores y el de los proteccionistas, sin que se produjera la victoria definitiva de uno sobre otro, fue el elemento que perfiló el «doble movimiento» durante un siglo y medio de crisis capitalista.

Por lo tanto, en general, los conceptos de mercados desarraigados, de mercantilización ficticia y de doble movimiento ocupan un lugar central en el análisis de Polanyi de la crisis

capitalista. Es mucho lo que pueden aportar estos conceptos al desarrollo de la teoría crítica. Por un lado, apuntan más allá del economicismo, hacia un enfoque amplio de la crisis capitalista como proceso histórico multifacético, tan social, político y ecológico como económico. Al abordar la mercantilización de la naturaleza, Polanyi integró la dimensión ecológica, a la vez que incluyó los desajustes sociales y el estancamiento político como aspectos constitutivos de la crisis capitalista. Además, su enfoque supera el del funcionalismo pues centra su relato en el doble movimiento y concede con ello un lugar privilegiado a los proyectos de los actores sociales y a los choques entre ellos. Polanyi logró abandonar el enfoque teórico ortodoxo de los sistemas que interpretan la crisis capitalista como un “colapso” objetivo del sistema para abordarla desde la teoría de la acción, como proceso *intersubjetivo*. Por último, las categorías de Polanyi permiten elaborar una crítica de la crisis que no rechaza los mercados como tales, solo su variante peligrosa, desarraigada, idea que, consecuentemente, permite albergar la posibilidad de una alternativa progresiva tanto a esa variante corrompida que defienden los neoliberales como a la sistemática eliminación de los mercados de la tradición comunista.

Sin embargo, no está exento de problemas el manejo que hace Polanyi de estas categorías puesto que según su caracterización, los mercados arraigados irían asociados a la protección social, que representaría el cobijo frente a las inclemencias. Los mercados desarraigados se asociarían a quedar expuestos, abandonados desnudos en «las aguas heladas del cálculo egoísta».<sup>3</sup> Tales inflexiones –mercados arraigados como intrínsecamente buenos, los mercados desarraigados como inherentemente malos– desembocan en el doble movimiento. Si el polo mercantilizador es sinónimo de peligro, el proteccionista connota permanecer a salvo.

El subtexto de esta valoración es más que discutible. Por un lado, el relato de Polanyi resulta excesivamente optimista. Al idealizar la “sociedad” oculta el hecho de que aquellas comunidades en las que históricamente han estado arraigados los mercados han sido también lugares de opresión. En cambio, la exposición de Polanyi sobre el desarraigo resulta demasiado oscura. En su idealización de la sociedad, ocluye el hecho de que, sean cuales sean sus otros efectos, los procesos que desarraigan los mercados de las protecciones opresoras conllevan un momento emancipador.

Es decir, el autor no pretendió en ningún momento idealizar la sociedad tradicional, y mucho menos abogar por la opresión. Era socialista, aunque no militaba en ningún partido, y defendía rearraigar los mercados en regímenes igualitarios, democráticos, con el fin de impedir un retorno a las alternativas fascistas y autoritarias. Asumía, por tanto, que no todos los regímenes protectores eran equivalentes en términos morales. Pero, Polanyi nunca tra-

---

<sup>3</sup> K. Marx y F. Engels, *El manifiesto comunista* [1848], Alianza, Madrid.

dujo sus intuiciones morales a conceptos por lo que no logró aportar las herramientas teóricas necesarias para distinguir entre formas mejores y peores de arraigar los mercados.

Los teóricos actuales deberían revisar su marco de análisis por las razones esbozadas arriba. Es preciso evitar tanto la condena absoluta del desarraigo, como la total aprobación de un rearraigo, y abrir *ambos* extremos del doble movimiento y profundizar en su crítica. Toda vez que sacamos a la luz las carencias normativas de la “sociedad”, así como las de la “economía”, deberemos validar las luchas contra la opresión, surjan de donde surjan.

Con este fin pretendo plantear un aspecto en el que no repara Polanyi: el alcance de los movimientos emancipatorios. Estos movimientos sacaron a la luz el fondo depredador de los mercados arraigados que él pretendía idealizar, al desenmascarar las asimetrías del poder que ocultaban. Dichos movimientos han revelado el carácter opresor de determinadas protecciones. Por tanto, propongo repensar el doble movimiento en relación con las luchas emancipatorias, explorando en sus análisis y destacando su lado positivo.

### **Emancipación: la tercera pata que faltaba**

Hablar de emancipación significa introducir una categoría ausente en *La gran transformación*. Pero la idea, y de hecho, la palabra, fue relevante a lo largo del periodo que aborda Polanyi. Basta con recordar las luchas por la abolición de la esclavitud, la liberación de la mujer, la liberación de los pueblos no europeos bajo sometimiento colonial: todas ellas entran bajo el paraguas de “la emancipación”. Sin duda, resulta extraño que estas luchas hayan estado ausentes en una obra que pretende trazar el auge y la caída de lo que el autor llama «la civilización del siglo XIX». Sin embargo, no pretendo limitarme a airear este hecho. Más bien lo que quiero es destacar que las luchas emancipatorias se enfrentaron a determinados aspectos de la protección social que resultaban opresoras, sin por ello condenar plenamente la mercantilización ni sencillamente celebrarla. De haber sido incluidos estos movimientos en *La gran transformación* sin duda habrían desestabilizado su estructura narrativa dualista.

Veamos por qué. El concepto de emancipación difiere notablemente de la caracterización positiva de la protección social. Protección se opone a exposición, emancipación se opone a dominación. La protección pretende resguardar a la “sociedad” de los efectos desintegradores de los mercados desregulados; la emancipación pretende destapar las relaciones de dominación estén donde estén enraizadas, ya sea en el ámbito social o en el económico. Si la protección pretende someter el intercambio del mercado a normas no económicas, la emancipación pretende someter a escrutinio crítico tanto al intercambio en el mercado como a las normas no económicas. Por último, si la seguridad, la estabilidad y la

solidaridad son los más altos valores de la protección, la prioridad de la emancipación está en la no dominación.

Sería erróneo, no obstante, concluir a partir de esto que la emancipación haya ido siempre de la mano de la mercantilización. Si la emancipación se opone a la dominación, la mercantilización se opone a la regulación extra económica de la producción y del intercambio, ya se pretenda que esta tenga un efecto protector o liberador. Si la mercantilización defiende la supuesta autonomía de la economía, entendida, en términos formales, como una esfera definida de acción instrumental, la emancipación oscila entre las fronteras que demarcan cada esfera para erradicar la opresión de *todas* las “eferas”. Por el contrario, la mercantilización está orientada a liberar la compraventa de toda norma moral o económica. Sin embargo, la emancipación pretende someter a minucioso análisis *todas* las normas desde el punto de partida de la justicia. Por último, mientras que la mercantilización demanda eficiencia, la opción individual y la libertad sin interferencias como valores máximos, la emancipación, como ya hemos mencionado, reivindica la ausencia de toda dominación.

Por tanto, las luchas por la emancipación no encajan limpiamente en ninguno de los dos polos del doble movimiento. Bien podría parecer que en ocasiones tales luchas parecen converger con la mercantilización. Por ejemplo, cuando tachan de opresoras las mismas protecciones sociales que los defensores del libre mercado pretenden erradicar. No obstante, en otras ocasiones pueden converger con un proyecto proteccionista, como por ejemplo, cuando denuncian la opresión de los mercados desregulados. Y, por último, divergen de ambos polos del doble movimiento cuando no pretenden ni dismantelar ni defender las protecciones existentes, sino más bien transformar el modo de protección. Por lo tanto, las convergencias, de producirse, son coyunturales y contingentes. Las luchas emancipatorias no se alinean ni con la protección ni con la desregulación, sino que representan una tercera fuerza que desbarata el esquema dualista de Polanyi. Para incluir estas luchas como se merecen es preciso revisar su marco de análisis y convertirlo en un triple movimiento.

### ***Sittlichkeit*, protección, crítica**

Tengamos en cuenta simplemente dos de los numerosos movimientos sociales activos y que pueden identificarse bajo la etiqueta de emancipadores: el feminismo y el antiimperialismo. Cada uno de ellos puso de manifiesto en qué medida la protección social podía resultar opresora de un modo específico. Las feministas basaron su argumentación en que, en realidad, los mecanismos de protección servían para perpetuar las jerarquías de estatus más que para proteger a la “sociedad”. En un sentido parecido, los movimientos antiimperialistas mostraron lo injustas que eran las protecciones sociales en el primer mundo, puesto que se financiaban sobre las espaldas de los pueblos de las anteriores colonias, pueblos

que además estaban excluidos de tales protecciones. Por lo tanto, pusieron de manifiesto las protecciones “des-enmarcadas”, es decir, que la escala entre la exposición al peligro (a menudo con una dimensión transnacional) y la de la organización de la protección (por lo general, nacional) no eran equivalentes. En cada caso, el movimiento ponía en tela de juicio un aspecto concreto de la “sustancia ética” (*Sittlichkeit*) en la que se basa la protección social. Necesariamente, las protecciones sociales institucionalizan una interpretación normativa no solo del peligro y de la seguridad, sino también de la familia, la comunidad y la pertenencia; de la persona, la dignidad y el desamparo; de la dependencia, las aportaciones y el trabajo; y por tanto del género, la nacionalidad y la raza. Tanto feministas como antiimperialistas plantearon así algunos interrogantes que Polanyi no había tenido en cuenta: ¿afianzan las relaciones de dominación los significados y normas institucionalizadas que definen quién resulta protegido, de qué y cómo? ¿La sustancia que alimenta la protección es jerárquica o igualitaria, favorable a la diferencia u hostil a ella? ¿El modelo de protección es burocrático-estatista o participativo-democrático? La protección, ¿está des-enmarcada o enmarcada? Analicemos más detenidamente estas críticas.

### **Emanciparse de las formas de protección social jerarquizadas**

En primer lugar, deberíamos plantearnos que los acuerdos sociales y políticos que arraigan los mercados pueden resultar opresores por estar jerarquizados. En estos casos, afianzan las diferencias de estatus que niegan a algunas personas las precondiciones sociales para la plena participación, que en principio pertenecerían a una sociedad. La jerarquía de género es un ejemplo clásico. Asigna a las mujeres un estatus inferior, a menudo similar al de un menor, por lo que se les impide la plena participación en igualdad de condiciones que a los hombres en la interacción social. Pero también hallamos otros ejemplos en las jerarquías de casta, entre las que se incluyen las que se basan en ideologías racistas. En todos esos casos, la protección social beneficia a los que se encuentran en lo alto de la pirámide, y menos (o nada) a los que están en la base. De ello se deriva que lo protegido sería la propia jerarquía y no el cuerpo social. No es de extrañar, por lo tanto, que los movimientos feminista, antirracista y anticastas se hayan movilizado en contra de tales jerarquías, y rechazado las protecciones de las que supuestamente gozan. Reivindican la plena participación en la sociedad y han luchado por desmontar los acuerdos que afianzan su subordinación. La crítica feminista en este sentido recorre cada estadio de la historia de Polanyi, a pesar de que él no llega a mencionarla. Durante la etapa mercantilista algunas feministas como Mary Wollstonecraft criticaron el contrato social tradicional que arraigaba los mercados. Denunciaron las jerarquías de género arraigadas en la familia, la religión, las leyes y las costumbres sociales y a la vez exigieron prerequisites tan básicos como ser personas jurídicas independientes, la libertad religiosa, el derecho a la educación, el derecho a negarse a mantener una relación sexual, el derecho a la custodia de las criaturas, la libertad de expresión

y el derecho al voto. Durante la etapa del *laissez-faire*, las feministas demandaron el derecho de acceso al mercado en igualdad de condiciones. Pusieron de manifiesto la instrumentalización de la norma sexista y se opusieron a un modelo de protección social que les negaba el derecho a la propiedad, a firmar contratos, a controlar los ingresos, a acceder a una profesión, a trabajar un número igual de horas que los hombres por igual salario. Todos ellos prerequisites para unas relaciones no basadas en la dominación. A lo largo del periodo de posguerra de la segunda guerra mundial, las feministas de la «segunda ola» cuestionaron el «patriarcado público» instituido por los Estados de bienestar. Condenaron las prestaciones sociales basadas en el «salario familiar», exigieron igualdad salarial para los trabajos equivalentes, paridad en el cuidado y las prestaciones de los servicios sociales, así como que se pusiera fin a la división sexual del trabajo, tanto en el remunerado como en el no remunerado. En otros momentos, han arremetido contra las estructuras tradicionales comunitarias que arraigaban los mercados; en otros, apuntaron hacia las fuerzas que operaban para desarraigar los mercados; incluso, en determinados momentos, sus principales enemigos han sido quienes rearraigaban los mercados.

---

**Las protecciones sociales institucionalizan  
una interpretación normativa de la familia, la comunidad  
y la pertenencia, la persona, la dependencia, el trabajo,  
el género, la nacionalidad y la raza**

---

Por lo tanto, las reivindicaciones feministas no encajaban en ninguno de los polos del doble movimiento de Polanyi. Sus luchas son la tercera punta, la de los movimientos sociales, que atraviesa las otras dos.

## **Emanciparse de las protecciones des-enmarcadas**

La opresión ejercida por los acuerdos sociales y políticos responsables de arraigar los mercados puede también adoptar otra forma, si estos están des-enmarcados. El término “des-enmarcar” es un neologismo que yo misma he acuñado para aludir a los desajustes de escala, en este caso, entre la escala en la que se arraigan los mercados, que suele ser nacional, y la escala a la que se expone a las personas al peligro, a menudo transnacional.<sup>4</sup> Las opresiones derivadas de ese des-enmarque surgen cuando los acuerdos para las prestaciones acaban externalizando los efectos nocivos de los mercados hacia los “outsiders”, lo cual deriva en su exclusión, a la par que les endilga los costes derivados de las prestaciones a otros.

---

<sup>4</sup> N. Fraser, «Reframing Justice in a Globalizing World», *New Left Review*, 36, 2005, pp. 69-88.

El ejemplo más claro de esta pauta es el colonialismo y los regímenes derivados de carácter neo-imperialista. El reverso, históricamente, de los acuerdos que protegían a las nacientes industrias europeas fue la subyugación colonial de los no europeos. Es más, en la actualidad, las prestaciones del Estado de bienestar de Europa y EEUU, se financian en buena parte a través de la dominación del Sur global a través de la deuda y del intercambio en condiciones de desigualdad. En ambos casos, los acuerdos que arraigan los mercados favorecen a la ciudadanía de las potencias metropolitanas a expensas de los sujetos de las periferias, cuya explotación subvenciona las prestaciones de los primeros.

El des-enmarque constituye un modo de dominación distinto del de la jerarquía. Mientras que esta niega la paridad a los sujetos subordinados dentro, el primero convierte a aquellos cuyo trabajo es esencial para la sociedad en los “otros” externos, como por ejemplo, los súbditos coloniales, los trabajadores sin papeles, y otros no-ciudadanos. Así, mientras que las prestaciones jerarquizadas niegan la pertenencia plena a personas que tienen el reconocimiento de pertenecer a la sociedad, las des-enmarcadas niegan la condición de miembros a personas sobre cuya actividad depende la sociedad.

El propio Polanyi sentó las bases para la crítica de las prestaciones des-enmarcadas aunque no las articulara explícitamente. En *La gran transformación* observó, en primer lugar, que los Estados políticos son un prerrequisito necesario para que se produzca una protección social adecuada y, segundo, que en el mundo moderno su existencia es muy desigual. Escribe:

«Si los Estados de Europa pudieron protegerse a sí mismos contra la marea del libre mercado internacional, no pudieron hacerlo en igual medida los pueblos coloniales no organizados políticamente... La protección con la que el hombre blanco contaba para sí se garantizan con facilidad a través de la soberanía de sus propias comunidades, algo fuera del alcance del hombre de color mientras no contara con el prerrequisito de disponer de un gobierno político».

¿Qué provocó ese «vacío del hombre negro»? En el momento álgido de eso que llamaron «laissez-faire», las potencias europeas utilizaron sus colonias no solo como si fueran abnegadas fuentes de materias primas y alimentos baratos, sino también como *outlets* protegidos para sus bienes manufacturados. Así, el colonialismo sirvió para proteger la industria europea y para proteger a los pueblos europeos de los efectos más adversos del capitalismo desregulado, a la vez que privaba a los pueblos colonizados de mecanismos de protección.

Parecía previsible que la independencia dotaría a los pueblos colonizados de protección toda vez que constituyeran sus propios Estados. Pero, ese objetivo resultó inalcanzable incluso después de la descolonización. Este hecho halla parte de su explicación en otra de las reflexiones de Polanyi: la capacidad reguladora de los Estados depende de un modo

importante de los acuerdos tomados en el ámbito internacional. Tras observar que el régimen del patrón oro/libre mercado de principios del siglo XX impidió a los Estados europeos adoptar políticas protectoras, tales como el pleno empleo, o gasto del déficit, que dependen del control de la oferta de dinero, Polanyi concluyó que el diseño del régimen internacional de la posguerra mundial debería permitir, o más bien facilitar, aplicar políticas de protección en el ámbito nacional. Sin embargo, no previó que el «liberalismo arraigado»<sup>5</sup> que se implantó tras la guerra resultaría más beneficioso para unos Estados que para otros. A lo largo de ese periodo, cuando el imperialismo adoptó la forma, «no política», de intercambio desigual entre las ex colonias recién independizadas y sus antiguos dueños, estos siguieron financiando sus propios sistemas nacionales de bienestar a expensas de las antiguas colonias. La era neoliberal exacerbó la disparidad entre ellos con sus políticas de «ajuste estructural», a medida que las agencias como el FMI utilizaron la deuda como arma para recortar la capacidad protectora de los Estados poscoloniales, obligándoles a deshacerse de sus activos, abrir sus mercados y recortar drásticamente el gasto. Históricamente, por lo tanto, los acuerdos internacionales han afianzado las disparidades entre las naciones a la hora de proteger a sus poblaciones de las veleidades de los mercados internacionales. Han permitido el re-arraigo de los mercados internos de los Estados centrales, pero no de los de la periferia.

---

### Ni la mercantilización ni la protección social se entienden sin tener en cuenta las luchas por la emancipación

---

No es de extrañar, por lo tanto, que los movimientos anticolonialistas y antiimperialistas se hayan movilizado contra las protecciones des-enmarcadas. Las reivindicaciones que han planteado en cada periodo histórico no encajan en el esquema de Polanyi. Reivindicaron antes la liberación nacional que la independencia, ya fuera por medio de una transición pactada o por medio de las armas. Una vez obtenida la independencia, desafiaron a las estructuras de la gobernanza de la economía global, la OMC y el FMI. En determinados momentos, los antiimperialistas protestaron contundentemente por el desarraigo de los mercados locales de sus sociedades precoloniales. En otros, se opusieron al re-arraigo de los mercados europeos a costa de ellos. Las reivindicaciones antiimperialistas, como las feministas, no encajan bien en ninguna de las puntas del doble movimiento. También en su caso las luchas por la emancipación constituyen una tercera fuerza específica por lo que también aquí cabe hablar de un tercer movimiento que abarcaría la mercantilización, la protección social y la emancipación.

---

<sup>5</sup> J. G. Ruggie, «International Regimes, Transactions, and Change: Embedded Liberalism in the Postwar Economic Order», *International Organization* 36(2), 1982, pp. 379-415.

## La crisis capitalista del siglo XXI a la luz del triple movimiento

Creo que lo que pone de manifiesto esta reflexión es que ni la gran transformación que describió Polanyi ni la del momento actual pueden explicarse a través del concepto de doble movimiento. Al reducir la lógica de la acción de la crisis a un conflicto de doble dirección entre la mercantilización y la protección social, no solo quedan ocultos los proyectos de emancipación sino que también se distorsiona nuestra comprensión de los dos proyectos que pretende esclarecer. De hecho, ni la mercantilización ni la protección social se entienden sin tener en cuenta las luchas por la emancipación. Quisiera concluir explicando las razones para ello y qué ventajas plantea transformar ese doble movimiento en uno triple.

La triple dimensión conceptualiza el lado de la acción de la crisis capitalista. En la actualidad, cada una de las tres tendencias ha logrado sus propios adeptos. Los neoliberales abogan por la mercantilización. La protección social obtiene respaldo desde posturas distintas: unas más apetecibles que otras, que van desde la socialdemocracia y el movimiento sindical de orientación nacional hasta los movimientos populistas contra los inmigrantes; desde los movimientos religiosos neotradicionalistas a los activistas antiglobalización; desde los ecologistas hasta los pueblos indígenas. La emancipación enciende las pasiones de diversos sucesores de los nuevos movimientos sociales como los multiculturalistas, las feministas transnacionales, gays y lesbianas, demócratas cosmopolitas, activistas de los derechos sociales, movimientos alterglobalización y los defensores de la justicia social. Las relaciones complejas que se establecen entre estos tres proyectos imprimen ese triple movimiento en la actual crisis capitalista.

Con el fin de esclarecer tal constelación de posturas, cabría asumir desde la teoría crítica cada uno de los términos del triple movimiento como ambivalentes. Ya hemos visto, al contrario que Polanyi, que la protección social puede resultar a menudo ambivalente puesto que a la vez que alivia los efectos desintegradores de la desregulación, afianza simultáneamente la dominación. Pero lo mismo podría decirse de los otros dos términos. En efecto, la desregulación de los mercados acarrea los efectos negativos sobre los que Polanyi llamó la atención, pero puede también conllevar efectos positivos en la medida en que esas protecciones que desmantela tienen un carácter opresor como, por ejemplo, cuando se introduce a los mercados en economías burocráticamente gestionadas, o cuando se abren los mercados laborales a las mujeres y a anteriores esclavos. La emancipación tampoco es ajena a la ambivalencia. No solo permite la liberación sino que pone a prueba el tejido de las solidaridades ya existentes. Así, aunque supera la dominación, la emancipación puede contribuir a disolver la base ética solidaria de la protección social, por lo que puede promover la mercantilización.

Por lo tanto, cada término tiene a la vez un *telos* propio y un carácter potencialmente ambivalente que se despliega en su interacción con los otros dos. Es imposible captar el alcance de cada uno de forma aislada. Tampoco el del campo social, si nos centráramos solo en dos de los términos. Sólo si se tienen en cuenta los tres a la vez alcanzaremos una perspectiva adecuada de la lógica de la acción de la crisis capitalista.

Por lo tanto, aquí reside la premisa central del triple movimiento: la relación entre cualquiera de los dos lados del conflicto trilateral deberá estar mediado por el tercero. Así, como ya he defendido aquí, el conflicto entre la mercantilización y la protección social deberá estar mediado por la emancipación. Sin embargo, de igual forma los conflictos entre la protección y la emancipación estarán mediados por la mercantilización. Cabría hacer la misma crítica a los defensores de la emancipación que a Polanyi. Si él pasó por alto el impacto de las luchas por la emancipación sobre los conflictos entre la mercantilización y la protección social, ellos han pasado por alto el impacto de la mercantilización sobre los conflictos entre la protección social y la emancipación.<sup>6</sup>

---

**Las corrientes hegemónicas de las luchas por la emancipación han establecido un “vínculo peligroso” con la mercantilización al favorecer en parte un “nuevo espíritu” para un nuevo modo de acumulación capitalista “flexible”, posfordista o transnacional**

---

Como ya hemos visto, tanto los grupos feministas como los antiimperialistas se han enfrentado con contundencia a los modelos de protección social derivados de la etapa de posguerra. En cada caso, el movimiento aireaba una forma de dominación y planteaba una correspondiente reivindicación. No obstante, en cada caso también han sido reivindicaciones ambivalentes. En principio, podían alinearse o bien con la mercantilización, o bien con la protección social. En el primer caso, la emancipación se alinea con la mercantilización, y con ello no solo se erosiona la dimensión opresora, sino también la base solidaria de la protección social *simpliciter*. En el segundo caso, en el que la emancipación se alinea con la protección social, el efecto no sería la erosión sino más bien la transformación de la sustancia ética en el sustrato de la protección.

Ambos movimientos han abarcado ambas orientaciones. Las corrientes liberales gravitaron en la dirección de la mercantilización, mientras que las corrientes socialistas y socialdemócratas tendieron más a alinearse con las fuerzas favorables a la protección social. Podría decirse, no obstante, que la ambivalencia de la emancipación se ha resuelto en los

---

<sup>6</sup> N. Fraser, «Feminism, Capitalism, and the Cunning of History», *New Left Review*, 56, 2009, pp. 97-117.

últimos años a favor de la mercantilización. En escasa sintonía con el auge del neoliberalismo, las corrientes hegemónicas de las luchas por la emancipación han establecido un “vínculo peligroso” con la mercantilización.<sup>7</sup> Y, lo que es aún más preocupante, han favorecido en parte el “nuevo espíritu” o las bases carismáticas para un nuevo modo de acumulación capitalista “flexible”, posfordista o transnacional.<sup>8</sup> Como mínimo, la crítica a la cara opresora de la protección social desde las luchas por la emancipación ha convergido con la crítica neoliberal a la protección social *per se*. Existe una zona de conflicto en el triple movimiento, donde la emancipación se une a las fuerzas de la mercantilización contra la protección social.

Este aspecto sugiere la necesidad de rescribir el proyecto de Polanyi para el siglo XXI. Al teorizar sobre el doble movimiento describió los conflictos de su tiempo como si de una batalla épica por el espíritu del mercado se tratara: ¿podrán quedar despojados la naturaleza, el trabajo, el dinero de todo sentido ético, para ser recortados, troceados y canjeados como si fueran cachivaches, sin que importen las consecuencias derivadas de ello? ¿O acaso cuando se trata de las bases fundamentales de la sociedad humana, los mercados estarán sujetos a una regulación política ética y moralmente equipada? Esa batalla sigue siendo más apremiante que nunca en la actualidad, pero la perspectiva del triple movimiento arroja nueva luz sobre ella, como si estuviera atravesada por dos batallas de suma importancia para una época. Una, es la batalla por el alma de la protección social. ¿Serán los acuerdos que re-arraigan los mercados en la era posliberal jerárquicos o igualitarios, des-enmarcados o bien enmarcados, hostiles a la diferencia o amigables hacia ella, burocráticos o participativos? La otra batalla que ha atravesado nuestra época es la lucha por el alma de la emancipación. ¿Servirán las luchas del siglo XXI para avanzar en el desarraigo y la desregulación de los mercados? ¿O servirán para democratizar las protecciones sociales para hacerlas más inclusivas y más justas?

Estas cuestiones sugieren la existencia de un proyecto para quienes seguimos comprometidos con la emancipación toda vez que decidamos romper con el vínculo peligroso con la mercantilización y forjar una nueva alianza con la protección social, basada en otros principios. Por lo tanto, en ese realineamiento de los polos del triple movimiento, podríamos integrar nuestro compromiso de toda la vida con la no-dominación con un legítimo interés por la solidaridad y la seguridad social, sin por ello obviar la importancia de la libertad negativa. Si adoptamos una interpretación más amplia de la justicia social, podremos hacer honor a la agudeza de las reflexiones de Polanyi a la vez que poner remedio a sus puntos ciegos.

---

<sup>7</sup> H. Eisenstein, «A Dangerous Liaison? Feminism and Corporate Globalization», *Science and Society* 69(3), 2005, pp. 487-518.

<sup>8</sup> L. Boltanski y E. Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, Madrid, 2002; N. Fraser, «Feminism, Capitalism, and the Cunning of History», *New Left Review*, 56, 2009, pp. 97-117.